

Un día en la Córdoba islámica: el agua en la vida cotidiana

BELÉN VÁZQUEZ NAVAJAS
 Universidad de Córdoba

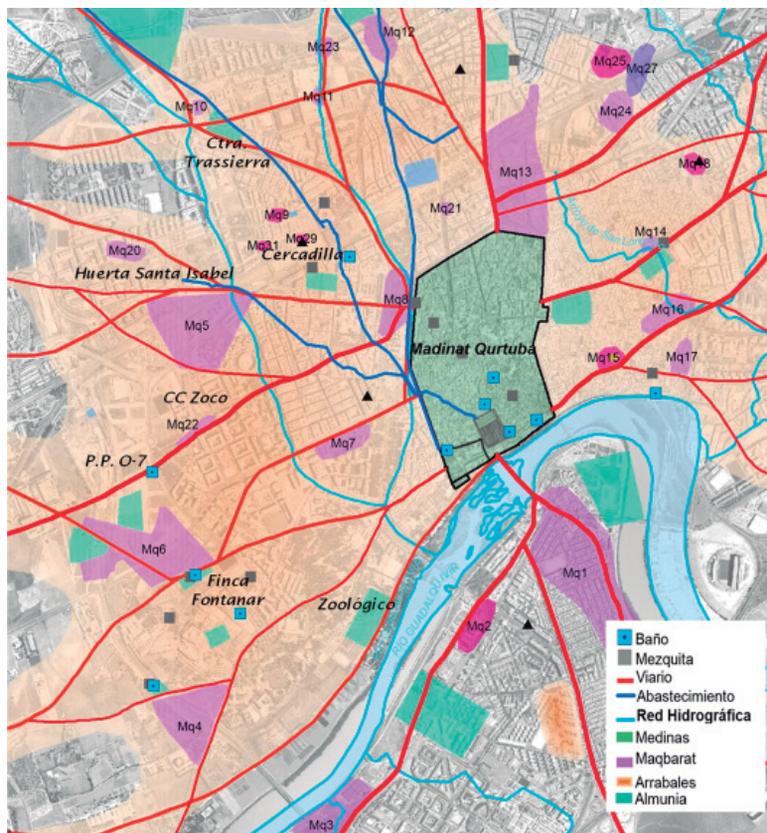


Licenciada en Historia del Arte (Universidad de Córdoba) y Máster oficial interuniversitario en Arqueología y Patrimonio. Ciencia y Profesión (Universidades de Córdoba, Huelva, Málaga y Pablo de Olavide). Fue miembro del ya desaparecido Convenio de Colaboración establecido entre la Gerencia Municipal de Urbanismo y la Universidad de Córdoba, dentro del cual participó en varias intervenciones y actividades arqueológicas. Actualmente es miembro del Grupo de Investigación *Sísifo* de la Universidad de Córdoba, en cuyo seno se encuentra finalizando su tesis doctoral acerca de la gestión del agua en *Madinat Qurtuba*, con especial interés en el periodo califal Omeya y en los sistemas hidráulicos hallados en los arrabales de poniente.

Hace más de mil años, Córdoba llegó a convertirse en la capital de *al-Andalus* y en una de las ciudades más importantes de todo el arco mediterráneo. Alcanzó su máximo esplendor durante el Califato Omeya, proclamado por *Abd al-Rahman III* en el año 929. La medina fue en estos momentos cuna de sabios, magistrados y científicos. En ella residían las principales sedes del Estado y conformaba un nudo de intercambios y comunicaciones de primer orden; una prosperidad que atrajo a muchos nuevos habitantes y que tuvo como consecuencia directa el despliegue de un paisaje suburbano sin parangón.

Tanto el espacio intramuros como los arrabales que lo rodeaban exigieron desde el principio una serie de servicios hidráulicos que garantizaran la supervivencia y el bienestar de la población cordobesa. El agua era una necesidad fisiológica básica que no podía ser eludida, pero también un elemento indispensable para el desempeño de las actividades domésticas más habituales. El aseo diario, el riego de las plantas y la limpieza de los enseres personales no pudieron prescindir de ella. La preparación de jarabes y brebajes o la simple elaboración de productos alimenticios como el pan, las sopas u otros guisos de la cocina andalusí, requirieron por igual de ciertas cantidades de agua.

Los emires y los califas emprendieron algunas obras oficiales para abastecer de agua a *Madinat Qurtuba*, aunque siempre restringidas a los centros de poder político y religioso, es decir, al Alcázar Omeya y a la Mezquita aljama. De este modo, la mayoría de los sistemas de aprovisionamiento de la ciudad fueron de carácter privado, siendo los pozos la solución más frecuente. Ubicados en los patios de las viviendas, en ocasiones estuvieron rodeados por plataformas de piedra o losas de barro que servían para aislar la boca del pozo del suelo y proteger además el área circundante de encharcamientos. Sobre estos pavimentos se solían colocar brocales cerámicos que impedían las caídas y el vertido de suciedad en el pozo. Los aljibes fueron otras de las instalaciones empleadas para el almacenamiento y el suministro de agua. Se trataba de depósitos hidráulicos subterráneos que implicaban una planificación previa y un alto coste económico, por lo que fueron poco comunes en los hábitats domésticos, si bien sólo han sido hallados en los inmuebles de mayor entidad. Estas estructuras solían alimentarse de agua de lluvia, recogida y reconducida por canali-



Topografía urbana de la Qurṭuba califal sobre vista aérea de la Córdoba actual. (© Convenio GMU-UCO). Señalización de las principales zonas excavadas en el suburbio occidental de la medina andalusí; en todas ellas han aparecido instalaciones hidráulicas (VÁZQUEZ, 2013: 53, Fig. 1).

llos. Al interior, se revestían con mortero a la almagra para evitar contaminaciones y posibles filtraciones. Finalmente, los aguadores pudieron haber jugado también un papel destacado en el abastecimiento de agua de la medina cordobesa, aunque carecemos aún de pruebas materiales o escritas que lo confirmen. No obstante, todo parece indicar que, como ocurrió en otros núcleos andalusíes, estos profesionales habrían colaborado al menos en las zonas más necesitadas o en épocas de sequía.

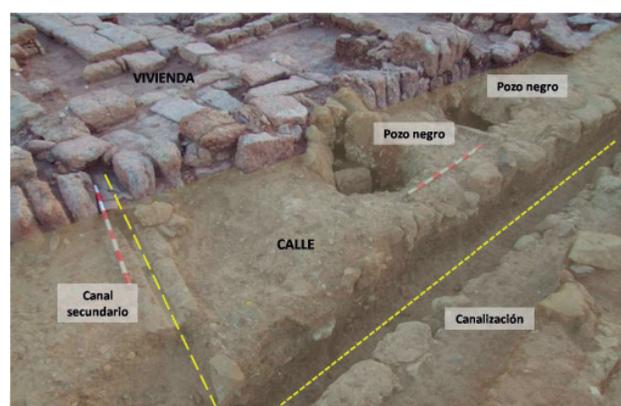
Junto con las necesidades propias de una casa, el agua fue a su vez consumida en los ámbitos artesanales e industriales. Los enclaves de producción alfarera o de herramientas metálicas tuvieron muy en cuenta la proximidad de arroyos y ríos. En los casos en los que esto no era posible, se las ingeniaban para acercar el agua por medio de canalizaciones o mediante la construcción de pozos o albercas. Asimismo, el trabajo del cuero y de otros tejidos precisaron en abundancia de dicho líquido. En este sentido, los batanes -un tipo de máquina hidráulica- fueron una pieza clave en los sectores textiles, así como las piletas lo fueron en las tenerías y tintes. Sin embargo, la arqueología apenas ha revelado vestigios relativos a estas actividades en la Córdoba islámica, aunque sus particulares pueden ser rastreadas en los modelos de las centurias posteriores.

Por otra parte, el cariz higiénico-purificador que adquiere el agua en el mundo islámico la hizo un bien imprescindible para practicar las abluciones. El musulmán debía encontrarse en un estado de pureza legal para cometer y validar determinados actos religiosos; una pureza que podía perderse de muy diversas formas (tras miccionar, defecar, tener la menstruación, perder la conciencia, entrar en contacto con cadáveres o animales muertos, etc.) y que sólo podía ser recuperada a través de la ablución, un lavado ritual que conllevaba la presencia de agua limpia. Tres fueron los lugares fundamentalmente destinados a su ejecución: los lavatorios, los baños y las viviendas. Los primeros resultaron esenciales en el entorno de las mezquitas, y pudieron estar conformados tanto por simples piletas como por grandes pabellones con fuentes. El ejemplo más significativo conservado en Córdoba se corresponde con la sala de abluciones de Almanzor, localizada frente al lienzo oriental de la Mezquita aljama. Los baños o *hammat*, además de desempeñar una clara función social y terapéutica, contarían también con los medios precisos para realizar dicho ritual. Del mismo modo, la casa fue uno de los lugares preferidos para la purificación espiritual, donde el individuo disponía de intimidad y privacidad. Las letrinas fueron por lo general los espacios reservados para la ocasión; en ellas se han documentado pilas y recipientes cerámicos para albergar el agua.

Pero la medina no sólo debió atender al aprovisionamiento y al almacenamiento de los recursos hídricos. El desalojo de las aguas pluviales y residuales fue de igual importancia. Las inmundicias y las aguas estancadas podían acarrear enfermedades de todo tipo, por no hablar de los malos olores y de las dificultades para transitar por el espacio urbano. Sabemos que en algunos barrios de *Madinat Qurtuba*, especialmente en los arrabales occidentales, se dispusieron entramados de canalizaciones para facilitar la rápida expulsión de las precipitaciones y/o desechos líquidos. Estas redes partían de canales situados en los patios de las viviendas, los cuales atravesaban las crujías delanteras de las propiedades hasta alcanzar las conducciones de las calles y adarves. Las aguas irían a morir a vaguadas, riachuelos, caminos o terrenos aislados, si bien pudieron ser recogidas en depósitos de diversa índole, pero nunca para el consumo humano. Para mantener unas condiciones mínimas de salubridad, hubo que estar a su vez muy pendientes de la evacuación de las aguas fecales. Todas las casas tuvieron una letrina y su correspondiente pozo negro abierto en la vía más cercana.



Pozo de agua con plataforma de piedra calcarenita
(Foto: Eduardo Ruiz).



Calle de uno de los arrabales occidentales con sus correspondientes instalaciones de evacuación de aguas (a partir de LIÉBANA, 2008: Lám. 11).

Los detritos orgánicos llegaban a este último por medio de canalillos de cantos rodados, sillarejos o tejas. Las fosas sépticas se solían reforzar al interior por medio de encañados y quedar cubiertas por losas de piedra, mientras que los retretes podían elevarse unos centímetros con respecto al nivel del suelo y se colocaban en habitáculos de entre dos y cinco m².

En definitiva, el agua fue un elemento presente en el día a día de la medina cordobesa, trascendental para el desempeño de la mayor parte de las labores cotidianas. Sus habitantes estuvieron siempre preocupados por mantener en buenas condiciones los mecanismos hidráulicos, como así lo demuestran las reformas posteriores y el uso prolongado de muchas de estas estructuras.